

CAPITULO I.

*Despedida.—Rincon de Romos.—Guadalupe de
Zacatecas.—Chihuahua.*

§ I.

No hay patria como México, ni hay amigos como los que aquí se tienen. Tales eran los sentimientos que brotaban de mi pecho, al despedirme de mis amigos, la triste mañana del 22 de Agosto, de 1886, y al dejar el humilde pueblo de Asientos, donde tantos años había vivido. Esa mañana empezaba mi viaje á Roma y á la Tierra Santa. La realizacion de un viaje largos años deseado, y que un hijo del buen Jesus, siempre tiene por dicha, se debia obtener con grandes sacrificios. Y ved por qué la separacion de gentes muy amadas, se me presentó en traje de luto y ofreciéndome un pañuelo para enjugar mi llanto. Sentíame profundamente conmovido al dejar mi patria, al retirarme de entre tantas personas que me habian prodigado su cariño, y á quienes mi corazón estaba ligado con lazos cada uno á cual más fuerte y sagrado: la religion, la amistad, la gratitud, el parentesco... y veía en su rostro la tristeza, y escuchaba sus mal ahogados suspiros. ¡Ah y cómo llegan al alma, esas manifestaciones cuya sinceridad, tal vez no se habia llegado á estimar en toda su grandeza! y era preciso dejarlas; y la hora de salir habia sonado. Disimulo, pues, que me alejo, y acompañado de un humilde

hijo del pueblo, salgo calladamente de la poblacion; á media legua de distancia monto en un carruaje y me dirijo á la estacion del Rincon de Romos, rumbo á Zacatécas; acompañado de un eclesiástico y una persona de mi familia que quisieron dejarme en Guadalupe.

¿Volvería á pisar el suelo de mi patria y á contemplar de nuevo su cielo encantador; estrecharé en mis brazos, otra vez, á mis amigos? Estas preguntas, que me iba haciendo á mis solas, tenian por respuesta un suspiro que revelaba mi triste y bien amarga incertidumbre.

No fué animada mi conversacion por el camino, ni ocurrió cosa alguna de ser referida. Á las cinco de la tarde llegamos á Guadalupe; y al dia siguiente, á la misma hora partí para Chihuahua. Á la estacion de Guadalupe nos acompañaron algunos amigos, y entre otros el recomendable Padre Fray Jesus Sanchez, eclesiástico de muy buen carácter, y su trato es amable y cortés; es muy estimado tanto en Guadalupe como en Zacatécas: se dedica no tan sólo al cumplimiento de su ministerio, sino principalmente al decoro y adorno de la Iglesia de Guadalupe y la preciosa capilla de la Purísima, que todos los viajeros visitan con agrado, y en la cual el oro se ha derramado con tanta profusion que casi no se descubre otra cosa. Esta capilla y la Iglesia del antiguo Colegio de Guadalupe es lo principal que tiene que verse en esa poblacion. La Iglesia es muy devota, está muy aseada; y al entrar en ella el corazon se siente compungido; y los más gratos recuerdos, llevan al alma á otros tiempos.

Mil y mil veces, las bóvedas de esa Iglesia resonaron con el pausado y grave canto de los religiosos, que en años, atras, fueron exclaustros, á nombre de la libertad y del progreso, encadenando aquella y retrocediendo á la barbarie. La Iglesia es muy rica en ornamentos, y tiene buenas pinturas é insignes reliquias traídas de Roma por el Padre Fray José María Guzman. La poblacion de Guadalupe es bastante morigerada y religiosa, y prueba hasta ahora, á pesar de la propaganda protestante, que no en vano trabajaron los hijos de San Francisco, por su moralizacion y progreso.

Actualmente se construye en Guadalupe un parian, que al terminarse quedará muy hermoso, segun los principios que lleva.

Partimos en el tren que sale á las cinco de la tarde, para Chihuahua. Los Señores Avelar, Pascual y Mateo, con su fina y simpática familia, se vinieron con nosotros hasta Zacatécas y sólo tres personas de estas mismas, siguieron hasta la estacion de Camacho, de donde regresaron. De Camacho hasta Chihuahua el camino fué más triste y cansado: pasamos inmensas llanuras, de monótono aspecto; estériles desiertos que aumentaban la tristeza y volvian más pesada la soledad que en el alma traíamos. Llegamos á la estacion de Lerdo, donde nos desayunamos en un hotel improvisado en un gran carro de la compañía del Central. Es el hotel, americano, servido por una jóven de buenas maneras; pero el desayuno fué

á la extranjera, y por esto no nos agradó. El tren se detuvo el tiempo conveniente, y despues siguió su camino: comimos en Jimenez, donde la fonda está servida por una americana: la comida es regular y no cara. El calor, entre tanto, se dejaba sentir con mucha intensidad, no disminuyendo hasta la caída del sol: á las siete de la noche llegamos á Chihuahua. Esta ciudad que se levanta sobre un terreno plano, cuya inclinacion apenas se advierte en las calles principales: estas son anchas, en lo general, y rectas; las casas, grandes, modestas, y una que otra solamente tiene altos: tres ó cuatro, elegantes: las calles á pesar de estar empedradas tienen mucha tierra suelta, blanchuzca que no deja de ensuciar la ropa. La plaza principal, aunque pequeña, es hermosa: tiene su fuente, un kiosco regular, y un jardin no muy grande. Hay en la poblacion dos lineas de tranvías; una que parte de la estacion del Central Mexicano al paseo de Guadalupe; y otra que va al jardin del Porvenir recién plantado, y que por cierto no está del mejor gusto, á pesar de tener mucha agua y que la vegetacion de esta ciudad es tropical. Visité la cárcel de Hidalgo, que es un cuarto que se encuentra á medias del caracol de una Iglesia que habia en otro tiempo, y donde hoy está la casa de moneda. Ese cuarto está convertido en el más sucio y asqueroso palomar, y en verdad que todo el que presume de hidalguista, tiene que sentirse avergonzado al ver cómo se conserva la postrer mansion del caudillo que inició la indepen-

dencia y libertad de México. Mengua, reproche, no alabanza, merecen las autoridades de Chihuahua por semejante descuido.

La casa de moneda es un edificio que no llama la atención para nada, ni puede compararse con las de Zacatécas y Guanajuato. La de Gobierno se está construyendo en la actualidad, en la plazuela de Hidalgo; y según se nos ha asegurado, por varias personas de esta ciudad, dentro del patio principal está el sitio donde fué fusilado el héroe de Dolores; pero nada indica al viajero, ese sitio. En la plazuela ántes dicha, hay un informe cono, que aquí, tal vez irónicamente, le llaman monumento erigido á la memoria de Hidalgo.

He visitado las poquísimas Iglesias que hay en esta ciudad: la principal es la parroquia: tiene vista al Norte, dos torres; el frontis recargado de ornamentación; aunque no del mejor gusto: el interior del templo tiene un aspecto triste; es oscuro; los altares desiguales, pequeños y no con gran aseo. El ciprés es demasiado grande, muy tosco y está sin estucar. La Iglesia es baja; las bóvedas laterales, más bajas que la de en medio, estrechas y sin gracia ninguna. La Iglesia en lo general, revela mucha pobreza: pocas personas estaban en ella al tiempo en que la visité, momentos ántes de comenzar una misa cantada. La Iglesia de San Francisco, es una capilla que hallamos enteramente sola á las nueve de la mañana; con techumbre de viga; mal piso, altares más defectuosos que los de la parroquia. En esta Iglesia en-

trando, y sobre la derecha, está la capilla de San Antonio, y al pié del altar del Santo, al lado de la Epístola, está una lápida que dice ser aquel el sitio donde estuvieron los restos de Hidalgo despues de decapitado.

Al ir á conocer el paseo de Guadalupe, visité el Santuario de este nombre, que es una iglesia pequeña, ménos oscura que las dos anteriores: su interior, pobre, pero no desaseado: tiene unos cuadros de la vida de Nuestra Señora, de regular pincel, y una buena imagen de Guadalupe. Desde el atrio hasta llegar á la puerta principal, hay muchos sepulcros, cuyas grandes lápidas están salientes más de cuatro y seis pulgadas sobre el pavimento, y que obstruyen el paso. Esta iglesia se concluyó el año de 1825—por Don Simon Ochoa.

Las pocas personas que traté en Chihuahua, me parecieron de bello carácter y buen trato, muy sencillo. Las calles de la poblacion están llenas de luz, durante el dia, pero vacías de gente: el comercio está casi muerto; y en el presente año se teme la pérdida de las cosechas.

En Chihuahua hay establecidos muchos extranjeros, que segun entiendo, en lo general no son católicos, y que pronto serán un gran peligro para la fe, bien sencilla por cierto, de los chihuahuenses. Este peligro debe llamar la atencion de los católicos, y sobre todo del digno Obispo de Durango. Hoy tal vez no se teme como era de desear, y no se ha tomado ninguna precau-

sion. Es verdad que á la gran distancia á que se halla de Chihuahua, el Obispo de Durango, y mediante la dificultad de los caminos, no es fácil poner desde luégo un valladar á los males que amenazan á Chihuahua; pero esto no desvirtúa la gravedad de aquellos. Tres son únicamente los sacerdotes que atienden al servicio espiritual de Chihuahua; y por más que sean apóstoles en el desempeño de su ministerio, no les es posible cubrir como es necesario, las necesidades de tan gran feligresía. Una necesidad imperiosa reclama en otro humilde juicio, la ereccion de un Obispado en la poblacion de que tratamos. Segun los informes que se nos han dado, el Estado de Chihuahua, puede sostener con desencia, los gastos del Obispado, sin que esto llegue á arruinar á la Mitra de Durango. Ojalá y el actual Obispo, Ilmo. Sr. Salinas, se convenza de lo que decimos, é influya en Roma, para que los Chihuahuenses logren lo que han deseado con tanto ardor y han pedido con más justicia.

Son las siete de la noche: es hora de partir; al tren, y adios Chihuahua. Esta noche, en su mayor parte fué para nosotros de insomnio; pero llegó la mañana y se presentó á nuestra vista el Paso del Norte donde hay una estacion. El valle es muy hermoso y algo animado; sin embargo nosotros no estábamos alegres porque era ese Paso, el último lugar de nuestra Patria, y estábamos á orillas del rio que nos divide de la República vecina. Pasamos ese rio, y vednos ya en extranjero país, en el Paso de Texas que está cruzado por incontables ca-

minos de fierro; y donde si hablais la lengua cadenciosa de Calderon y Cervantes, casi nadie os ha de entender.

En la estacion del Paso de Texas, esperamos hasta las once, el tren que debia conducirnos á Nueva-York, y á esa hora volviendo los ojos á México y lanzando un suspiro de amor al suelo que nos vió nacer, nos despedimos de la Patria. El Tren partió con nosotros. Horas tras horas pasaban, y un dia y otro pasó tambien, y sólo veíamos tristisimos desiertos que parecia, no acababan, y en los cuales el hombre no ha puesto su mano. En fin, despues de mucho caminar, la vegetacion empesó á descubrirse, losana y vigorosa, y se veía tambien el trabajo del hombre, aunque no proporcionado á la feracidad de los terrenos. Despues dejábanse ver á grandes distancias, pequeños caseríos, una que otra iglesia, y muy poca gente que acudia á las estaciones del camino; pero todo esto aumentaba mientras más nos acercábamos á Kansas, á donde por fin llegamos el 28 por la tarde; aquí comimos más que de prisa, cambiamos tren y seguimos hácia Chicago. Kansas es una hermosa ciudad que se presenta á los ojos del viajero muellemente reclinada á orillas de un rio que lame sus muros rendido y salamero. Tiene un magnífico puente en uno de sus extremos: nada más nos fué posible ver porque ya era casi de noche.

Al amanecer empezaron á verse á cada paso por decirlo así, atendida la gran velocidad con que camina el tren, ya pequeñas aldeas, ya graciosas ciudades, á las cuales apénas saludábamos cuando ya era nece-

sario despedirnos. Esas aldeas y los arrabales de las ciudades, se veían diseminados y casi perdidos, entre el verde follaje de graciosos bosquecillos, que se presentan muy seguido: ya veíamos hermosas carreteras, ya larguissimas calles que llevaban al interior de las poblaciones; pero siempre reproduciendo el mismo paisaje y presentando idéntica forma, lo cual en verdad no despertaba la curiosidad ni mantenía el entusiasmo; y despues de algun tiempo, nos venia á cansar. Y esto es lo que sucede á los que viajan por los Estados unidos, pronto se les acaba el interes de la novedad; pues vista una ciudad, se vieron todas, ha dicho con exáctitud un extrajero: y exceptuando tal ó cual notabilidad particular, todo lo demas está vaciado en el mismo molde.

Llegamos á Chicago despues de mediodía, y permanecemos en ella hasta cerca de las siete de la noche. Ese dia fué domingo, y la bulliciosa ciudad se hallaba en reposo. En la noche sólo pudimos observar que el tren se detenía con frecuencia, y subían y bajaban muchos pasajeros en todas las estaciones. Á la siguiente mañana continuaba el mismo paisaje del dia anterior, hasta acercarnos á Búfalo, cuyas orillas de entrada y salida del camino de fierro, son estériles á pesar del empeño que se ha tenido en cubrirlas de bosques. En Búfalo se cambia de tren y se toma el Central de Nueva-York. Pasadas las dos primeras estaciones con direccion á esta última ciudad, el camino se presenta hermoso y a-

gradable, el campo bien cultivado, lo cual no habíamos visto; los árboles puestos á uno y otro lado de la vía férrea, con algun orden y elegancia: unas veces descendian en suaves pendientes; otras estacionábanse á la misma altura; y formaban graciosas curvas, ó bien sus líneas eran rectas y prolongadas, evitando esa invariable uniformidad que tanto fastidia al viajero. Así pasamos la tarde hasta que pudimos ver, y despues sólo quisimos dormir, pero fué imposible, porque con mucha frecuencia cambiaban los conductores y cada cual que se presentaba, venia á molestarnos pidiéndonos el boleto: y aunque éste empleado tardara, despues tantas noches de una fatiga siempre semejante, soñábamos en el conductor, y nos parecia estar oyendo su destemplada voz en demanda del tiket, como ellos le llaman.

Amaneció el 31 de Agosto y llegamos á la gran ciudad, Nueva-York. Hicimos nuestra entrada por la parte Norte. Aunque algunas leguas ántes de llegar, la vista del Hudson, divierte y agrada, pero sigue despues el paso abierto entre rocas, ó bien bajo incontables pasadisos ó pequeños túneles que de masiado molestan, ni tienen cosa alguna que llame la atencion. Despues de algun tiempo, párase el tren y todos descendemos: estamos en Nueva-York. La estacion nada tiene de particular; es muy semejante á las de Búfalo, Chicago y otras ciudades; pero hay más bullicio y animacion. ¿Adónde va Ud? Aquí tiene Ud. un carruaje para tal ó cual

hotel: dos pesos al cochero y camine Ud. Esto es lo que oyen todos los viajeros, y esto oímos tambien nosotros, y llevados como de la mano nos hacen montar en un coche que pronto nos trajo al Hotel Hispano Americano, donde arreglamos nuestro hospedaje, nos desayunamos é hicimos luégo nuestro programa para visitar la ciudad imperio.

Era preciso descansar despues de un viaje de siete dias y siete noches; y así lo hicimos.

Amaneció el primero de Setiembre y teniendo que permanecer en esta ciudad solamente hasta el dia 4, empezamos, desde luégo á ver lo que pudimos. ¿Cuál sería nuestra primer visita? La de un amigo que nunca nos deja, y que en todas partes nos sale al encuentro para recibirnos. ¡Ah, cuánto le debemos! ¡cómo preferirle ningun otro! No ignorais de quien hablo, ya que para todos los católicos es nuestro mejor amigo. Fuí, pues, á la casa de Jesus. ¡Oh cuán dulces palabras habla siempre Jesus á quien lo visita! Pero esas palabras son más dulces y amorosas todavía cuando las oímos fuera de la Patria y estando léjos de los nuestros. En una extraña ciudad no hallamos tal vez ni á quien dirigirle una palabra, ni revelar le algun secreto; mas tenemos con nosotros á Jesus, y nuestro corazon se desahoga santamente al derramarse como el agua en su presencia. Sensible, realmente, y profunda es entónces nuestra gratitud para con Él. Su Majestad ignora lo que es abandonar á sus amigos ó ser indiferente á sus nece-

sidades y trabajos. ¿Habrà cosa alguna más consoladora, cuando estamos en extranjero país, que hallar en éste mismo, quien tenga el más vivo interes por nosotros y se complazca en atendernos? Como podeis figuraros, salimos muy contentos de nuestra visita; y llenos de confianza en la bondad de nuestro amadísimo Señor; volvimos al hotel y pasamos una noche muy tranquila.

CAPITULO II.

Nueva-York.—Sus calles y avenidas.—Edificios.—El parque central.—El Puente Brooklyn.—Inmoralidad.—Templos católicos—Progresos del Catolicismo.

§ I.

Al entrar en Nueva-York, notamos muchísima gente en las calles y avenidas, que son en lo general, anchas, rectas, y todas adoquinadas. El color de la cantera ó de los ladrillos de los edificios, le dá un aspecto desagradable, porque hay muchísimos de ladrillo, de un rojo subido, y la cantera es oscura, gris, y de otros colores, pero ninguno hermoso. Los edificios son de siete ó nueve pisos, y uno hay á la entrada del Parque central, de catorce: están llenos de pequeñas ventanas con celocias de madera; esas ventanas en gran número, son de una forma irregular, angostas y largas, guardando cierta correspondencia en la colocacion y el número de las mismas, que en vez de hermosear, desagrada. Las

calles principales están limpias; no así las demas, aunque sean céntricas: pues las he visto, sucias y exhalando mal olor, el cual no escasea en toda la ciudad. Grande y continuo es el bullicio de la gente, sobre todo en la calle de Brodway, carros, omnibus, carretelas, y otros diferentes vehiculos van y vuelven sin cesar; y la gente se estorba, y á cada paso hay que detenerse: los americanos, andan aprisa, á veces corren, giran, quiebran su marcha; pero no esperan; los que nos detenemos y aguardamos somos los extranjeros, que no queremos ser llevados por la multitud. Paréme yo un dia, en esa calle Brodway, á contemplar ese ir y venir de la gente, y su mirada fija, y su veloz carrera, y la agitacion que revelaba; y me preguntaba á mí mismo. ¿Esta gente pensará en Dios, en su alma, ó en los bienes eternos? ¡Ay dolor! Que no podia dudar que allí sólo se trataba de intereses temporales; de acumular riquezas y adquirir fortuna. Nadie se ocupaba en la gloria del Señor, ni pensaba en el amor de Jesucristo: tal era mi juicio, temerario acaso y atrevido; vosotros, amados lectores, ¿hubiérais juzgado otra cosa? Esto llenaba mi alma de tristeza. ¡Amarnos tanto el buen Jesus, y estar así tan olvidado, Él, que es la fuente de la vida, principio y corona de toda ventura. Y aquel pueblo vivia sin el Señor y era muy feliz; pero esto solamente si consiste la vida y la dicha en el bullicio que desequilibra y en el ruido que aturde y confunde. Porque esta es la sola animacion de Nueva-York y lo que presta vida á todos